

creía animado, estaba persuadido que el alma de este astro veía y conocía el culto que se le rendía, que le era grato, y podía hacerle bien ó mal. En general, los dioses no han sido adorados sino porque se les suponía inteligentes y poderosos, susceptibles de amor ó de cólera. Al alma ó al espíritu alojado en el sol es al que se dirigía el culto, sin remontarse á mas altura ni ir mas lejos. Jamás se creyó que el sol ó cualquiera otro Dios esperaba las órdenes de la grande alma del universo, para hacer bien ó mal á los hombres. Por lo tanto, había realmente otros tantos dioses independientes los unos de los otros como seres animados en la naturaleza. Si no es el politeísmo, ¿cómo debe llamarse esta creencia?

En tercer lugar, el alma de un hombre no había de ser menos que las demás, era una porción de la grande alma del universo, así como la del sol de la luna, de un río ó de una fuente; debía pues rendirle un culto lo mismo que á los demás seres; no vemos porqué un héroe, un hombre poderoso y bienhechor no había de merecer un culto religioso durante su vida, lo mismo que despues de su muerte. Este mismo sistema nada menos tendía que á justificar los honores divinos, que los Egipcios rendían á los animales. Sería enteramente inútil el llevar adelante los absurdos que de esto resultaban. No sin razon la Sagrada Escritura condena con tanto rigor el *politeísmo* y la *idolatría*; de cualquier modo que se les considere, son inexcusables. Véanse estas dos palabras en la Nueva demostración evangélica de J. Leland, t. 2, p. 250.

Allogos ó Aleqtianos. secta de antiguos hereses, cuyo nombre trae su origen de a privativo, y de *logos*, palabra ó verbo, como si dijéramos *sin verbo*; porque negaban que Jesucristo fuese el Verbo eterno. Rechazaban el Evangelio de S. Juan, como una obra apócrifa, escrita por Cerinto; aunque este apóstol no lo hubiese escrito mas que para confundir á este hereje, que negaba tambien la divinidad de Jesucristo.

Algunos autores refieren el origen de esta secta á Teodoto de Bizancio, de oficio zurrador, pero no obstante, hombre ilustrado, que habiendo apostatado durante la persecucion de Severo, respondió á los que le vituperaban este crimen, que no había renegado mas que á un hombre, y no á Dios; y de aquí, sus discípulos, que negaban la existencia del Verbo, tomaron el nombre de *aleqtianos*; Decian, añade M. Fleury, que todos los antiguos y aun

los Apóstoles habían recibido y enseñado esta doctrina, y que había sido conservada hasta la época de Victor, que era el décimotercer obispo de Roma desde S. Pedro, mas que Zoforiano, su sucesor, había alterado la verdad. Pero les oponían los escritos de S. Justino, de Milciades, Taciano, Clemente, Ireneo, Meliton y otros antiguos, que decían que Jesucristo era Dios y hombre; Victor excomulgó á Teodoto; ¿cómo le había de excomulgar, si hubiera pensado del mismo modo? *Hist. ecclies. tom. 4, lib. 4, n. 33.*

Otros adelantan que fué S. Epifanio el que en su lista de las herejías les dió este nombre; pero otros Padres y un gran número de autores eclesiásticos hablan de los *allogianos*, como sectarios de Teodoto de Bizancio. Véase Tertul. *lib. des. Presc.*, cap. último, S. Agustín, *de Har.*, c. 33; Ensebio, *lib. 3, c. 49*; Baronio, *ad ann. 196*; Tillemont, Dupin, *Biblioteca de los autores eclesiásticos*, tomo 1.

Altar, plataforma de tierra, de piedras ó de madera, elevada del suelo, y sobre la cual se ofrece un sacrificio. Desde luego se ve que *altar* viene del latin *altus*, á causa de su elevacion. Los griegos le llamaban *θυσιαστήριον*, del verbo *θύω*, matar, inmolar; los hebreos *mizbach*, de *zabach*, degollar, sacrificar. Este nombre se ha dado en la Escritura al altar de los holocaustos y al de los perfumes, y no á la mesa de los panes de proposicion, sobre la cual nada se consumaba. Es muy importante esta observacion.

Bajo la ley natural, los patriarcas levantaban *altares* en medio del campo, para ofrecer víctimas al Señor. Noé, Abraham y Jacob tenían esta costumbre. En la ley de Moisés, prohibió Dios á los israelitas el ofrecer sacrificios en otra parte que en el tabernáculo, y prescribió la manera con que los *altares* debían ser contruidos. Había uno de ellos, denominado el altar de los holocaustos, sobre el cual se quemaban las víctimas, y otro en que se consumían los perfumes; lo mismo sucedió cuando se construyó el templo. Los *altares* que fueron erigidos por Jeroboán en Samaria, y por algunos otros reyes, sobre parajes elevados, fueron otros tantos crímenes cometidos contra la ley; Dios castigó á sus autores. En la *Hist. de la Academie des Inscrip.*, t. 3, n. 42, p. 49 y t. 4, p. 9, se encuentra una historia exacta de los *altares* consagrados al verdadero Dios desde la creacion del mundo hasta Jesucristo.

ALTAR, entre los cristianos, es una mesa cuadrada situada ordinariamente á la parte

oriental de la iglesia, y sobre la cual se celebra la misa. Se le dió esta forma, porque Jesucristo estaba en la mesa cuando instituyó la Eucaristía, y porque se ofreció sobre esta mesa el sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo.

En la primitiva Iglesia, los *altares* no eran mas que de madera y se transportaban muchas veces de un lugar á otro; pero un concilio de Epaona del año 317 prohibió el construir *altares* de otra materia que no fuera piedra. En los primeros siglos no había mas que un solo altar en cada iglesia, pero muy pronto se aumentó el número; S. Gregorio dice que en su tiempo, en el siglo VI, había de doce á quince en ciertas iglesias. En la catedral de Magdeburgo había cuarenta y dos.

El altar no está algunas veces sostenido mas que por una sola columna, como en las capillas subterráneas de Santa Cecilia en Roma y en otras partes; á veces no está sobre cuatro, como el de S. Sebastian, *in crypta arenaria*; pero el uso mas comun es el de colocar la mesa del altar sobre un macizo ó cimiento de piedras.

Estos *altares* se asemejan algun tanto á las tumbas. Efectivamente los primeros cristianos tenían muchas veces sus reuniones en las tumbas de los mártires, y allí celebraban los santos misterios. En la *Apocalipsis*, se dice: «Yo vi bajo el altar las almas de los que han sido muertos por la palabra de Dios, y por el testimonio que le han rendido,» vi, 9. De aquí viene la costumbre de no consagrar un altar sin poner en él reliquias de los santos.

El uso de la consagracion de los *altares* es bastante antiguo, y la ceremonia está reservada para los obispos. Despues de no permitirse el ofrecer mas que sobre *altares* consagrados, se hicieron portátiles, para hacer uso de ellos en los lugares en que no hay altar sólido consagrado: Ilymmaro y Beda hacen mencion de ellos. En lugar de *altares* portátiles los griegos se sirven de lienzos benditos que llaman *orbáculos*, es decir, que hacen de altares. Acerca de la forma, la decoracion y la bendicion de los *altares* véase el *antigo Sacramentario* por Grandaeolas, 4.ª part. p. 33 y 610.

El abate Renaudot, en su coleccion de las *Liturgias orientales*, t. 1, p. 481 y 331, t. 2, p. 52 y 56, ha observado, despues del cardenal Bona, que en todas las iglesias del Oriente, lo mismo que en la iglesia latina, se ha considerado siempre al altar, no como una mesa comun sino consagrada, sobre la cual

se ofrecen en sacrificio el cuerpo y sangre de Jesucristo. El uso constante de consagrar los *altares*, las oraciones que se recitan, y las ceremonias que se hacen con este motivo atestiguan altamente que los orientales comprenden con el nombre de altar la misma idea que nosotros. Durante las persecuciones, no era posible el tener *altares* macizos y sólidos; se veían obligados á hacer uso de mesas de madera y de *altares* portátiles. La especie de esclavitud en que están todavía los Griegos ó melquitas, los sirios, etc., por los mahometanos, les obliga con frecuencia á hacer lo mismo. Pero desde el momento en que hubo libertad para levantar basílicas, se colocaron en ellas *altares* de piedra ó de mármol, y muchos de ellos revestidos de adornos de plata y oro. Fleury, *Costumbres de los cristianos*, n. 35; Linguet, *del verdadero espíritu de la Iglesia en el uso de sus ceremonias*, p. 432.

Sin ninguna razon bailó y otros escritores protestantes han querido persuadir que, en los escritos de los Padres y en los antiguos monumentos eclesiásticos, el nombre de altar era tomado en un sentido abusivo, y no significaba mas que una mesa comun; y que así no se podía sacar de él ninguna consecuencia, para probar que los antiguos consideraban á la Eucaristía como un verdadero sacrificio. Hay pruebas positivas de lo contrario: S. Pablo dice á los hebreos, xii, 10: «Nosotros tenemos un altar, del cual los ministros del tabernáculo no tienen el poder de comer.» En el cuadro de la liturgia cristiana trazado por S. Juan, *Apoc.* iv, 2, vemos un trono ocupado por un personaje venerable, á su alrededor veinte y cuatro ancianos ó sacerdotes; delante del trono, en medio de los ancianos, un cordero en el estado de muerte ó de víctima, v, 6, que recibía los honores de la Divinidad, vi, 9; bajo el altar las almas de los que fueron muertos por la palabra de Dios. Hé aquí ciertamente el aparato de un sacrificio.

S. Ignacio, instruido por S. Juan el evangelista, escribe á los de Filadelfia, n. 4: «Tened cuidado de usar de una sola Eucaristía. No hay mas que una carne de Nuestro S. Jesucristo, un solo cáliz, para manifestar la unidad de su sangre; un solo altar, como un solo obispo, con el presbítero y los diáconos.» En estos tres pasajes, el griego dice *θυσιαστήριον*; este término jamás ha significado una simple mesa de comer, sino un altar destinado á ofrecer sacrificios.

S. Ireneo, *adv. Her.* l. 4, c. 18, n. 6, ha-

blando de la Eucaristía, dice que Dios nos manda, como al antiguo pueblo, hacerle con frecuencia y sin interrupción nuestras ofrendas sobre su altar, aunque no tenga necesidad de ellas. Grabe, al llegar aquí, no puede menos de convenir en que se trata allí de un altar propiamente dicho, y de un sacrificio en toda la energía de la palabra. Orígenes, *Hom. 10, in Josue*, habla de los fieles que hacían donativos para el adorno de las iglesias y de los altares. S. Cipriano, *Epist. 53, ad Cornel.*, opone la iglesia al Capitolio y los altares del Señor á los de los ídolos. Eusebio, *Hist. eccles. l. 7, c. 13*, hace mención de una iglesia y de un altar en la ciudad de Cesarea bajo el reinado de Galiano, y por consiguiente á mediados del siglo III. Los protestantes no pueden negar que los Padres del cuarto siglo no hayan muchas veces dado el nombre de altar á la mesa sobre la cual se consagraba la Eucaristía, y que no la llamaban altar sagrado.

Mas ¿cómo probarán que el sentido de este término no siempre fué el mismo, que S. Pablo y S. Juan no entendieron por él mas que una mesa de comer, al paso que los Padres que vinieron despues lo tomaron por una mesa de sacrificio? Estos dos apóstoles no pudieron confundir un altar con una mesa, puesto que estos dos objetos tienen un nombre diferente en griego y en hebreo. Para como se echaban los antiguos en camas; en ninguna parte leemos que los primeros cristianos se colocaran en esta actitud para recibir la Eucaristía, es preciso pues que no la consideraran como una cena ó una comida, como hacen los protestantes, sino como una ceremonia augusta y sagrada, digna del mas profundo respeto, y dieron testimonio de esto, por el modo con que adoraron los altares desde que les fué posible y estuvieron en libertad de poderlo hacer.

Los nombres *ἱερατικόν*, propiciatorio, *ἱεροσυνετήριον*, sacrificatorio, mesa sagrada, etc., que los orientales dieron siempre y dan todavía á los altares, no significan una mesa común. Siempre que los paganos, los herejes y los mahometanos, derribaron y demolieron los altares, este acto de odio ha sido considerado por los cristianos como una impiedad y una profanación. Se puede hacer la misma observación respecto de los patios ó manteles de altar y de los vasos sagrados; jamás los han tratado como muebles comunes. En general los ritos, las ceremonias y los usos religiosos atestiguan la creencia de los pueblos

con mas energía que las expresiones de los teólogos. Cuando los protestantes han demolido los altares en las iglesias de que se han apoderado, han demostrado suficientemente que querían destruir la antigua creencia del cristianismo, tocante á la Eucaristía.

ALTAR DE PROTESIS, es una especie de credencia, sobre la cual los griegos bendecían el pan destinado para el sacrificio, antes de llevarle al altar mayor, en donde se concibe la celebración. Segun el padre Goar, este pequeño altar ó credencia estaba en otro tiempo en la sacristía. Los protestantes no usan de tantas ceremonias para celebrar su cena; buena prueba de que no piensan como los griegos.

ALTAR, se usa tambien en la *Historia Eclesiástica* para significar las oblatones ó rentas casuales de la Iglesia; rescatar los altares era rescatar estas rentas usurpadas por los seculares. Se llamaba la iglesia los diezmos y las otras rentas fijas, y altares las rentas casuales. Cuando se dice que el sacerdote debe vivir del altar, se quiere decir que tiene derecho á vivir de las rentas de la Iglesia.

Alturas, colinas ó montañas sobre las cuales los idolátras ofrecían sacrificios. Los adoradores de los astros estaban persuadidos de que el culto dado á esos dioses celestes sobre las alturas, les era mas agradable, porque se estaba mas próximo á ellos, y se descubria mejor desde allí la extension del cielo; de aquí vino la costumbre de scribricar sobre las montañas ó sitios elevados. Dios no desaprobaba esta manera de ofrecer sacrificios, cuando se le dirigian á él solo; mandó al patriarca Abraham inmolar á Isaac sobre una montaña, *Gen. xxii, 2*; dice á Moisés al pié de la montaña de Horeb, *Exod. 1, 12*: «Me ofrecerás un sacrificio sobre esta montaña.» Se preferían las montañas cubiertas de arboles, á causa de la comodidad de su sombra; y porque el silencio de los bosques inspira una especie de terror religioso.

No obstante, Dios prohibió esta costumbre á los hebreos, porque los politeístas abusaban de ella, y los hebreos estaban muy propensos á imitarlos. No quiere ni altares muy elevados, ni árboles plantados á su alrededor, *Exod. xx, 24; Deut. xvi, 21*. Manda destruir los altares y los maderos sagrados colocados sobre las montañas en donde los idolátras adoran á sus dioses, *Deut. xi, 2*, porque todas estas alturas se han convertido en asilos de libertinaje y de impiedad. Cuando los reyes piadosos querían destruir eficaz-

mente la idolatría entre los israelitas, empezaban por hacer demoler las alturas y cortar los árboles, de que estaban cubiertas; y cuando no se tomaba esta precaucion, el desórden no se hacia esperar mucho tiempo.

Alumbrados, nombre de una secta de herejes que aparecieron en España hacia el año 1573, y que los españoles llamaban alumbrados. Sus jefes eran Juan de Villalpando, natural de Tenerife, y una monja carmelita denominada Catalina de Jesus. Un gran número de sus discípulos fueron puestos en la inquisición, y castigados con la muerte en Córdoba; los demás abjuraron sus errores.

Se vituperaba principalmente á estos alumbrados, el que decían, que por medio de la oracion sublime á que llegaban, entraban en un estado tan perfecto que no tenían necesidad del uso de los sacramentos, ni de las buenas obras; y que podían hasta cometer las acciones mas infames sin pecar. Molinos y sus discípulos, poco tiempo despues, siguieron los mismos principios.

Esta secta fué renovada en Francia en 1634, y los gueneles, discípulos de Pedro Guerin, se unieron á ellos; pero Luis XIII los hizo perseguir con tanta eficacia, que desaparecieron en poco tiempo. Pretendían que Dios habia revelado á uno de ellos, llamado hermano Antonio Bocquet, una práctica de fe y de vida sobrecientemente, desconocida hasta entonces en toda la cristiandad; que con este método podia llegarse en poco tiempo al mismo grado de perfeccion que los santos y bienaventurada Virgen María, que segun ellos, no habian tenido mas que una virtud común. Añadían que por este medio se llegaba á una tal union con Dios, que todas las acciones de los hombres eran edificadas; y que cuando se habia llegado á esta union, era preciso dejar obrar á Dios solo en nosotros, sin producir ningun acto. Sostenían que todos los doctores de la Iglesia habian ignorado lo que es la devocion; que S. Pedro, hombre sencillo, no habia comprendido la espiritualidad, lo mismo que san Pablo; que toda la Iglesia estaba en las tinieblas y en la ignorancia sobre la verdadera práctica del Credo. Decían que nos es permitido hacer todo lo que dicta la conciencia, que Dios no ama mas que á sí mismo, que era preciso que en diez años fuese recibida su doctrina en todo el mundo, y que entonces no habia necesidad de sacerdotes, de religiosos, de curas, de obispos, ni de otros eclesiásticos superiores. Sponde, Vittorio, Siri, etc.

Amalecitas. V. AGAC.

Amauri, teólogo de Paris, vivió á principios del siglo trece. Enseñó que Dios era la primera materia; que la ley de Jesucristo debia concluir el año 1200 para dar lugar á la ley del Espíritu-Santo, que santificaría á los hombres sin sacramentos y sin ningun acto exterior; que los pecados cometidos por caridad eran inocentes. Negaba la resurreccion de los muertos y el infierno, rechazaba el culto de los santos, declamaba contra el papa, etc. Tuvo sectarios muy pertinaces. Se perdonó á las mujeres; pero diez de sus seductores sufrieron el último suplicio el año 1210. El concilio de Letran, celebrado en 1215, confirmó la condenacion de su doctrina. Amauri tuvo por sucesor á David de Dinant, que predicó la misma doctrina. *Hist. de la Igles. gal. lib. 30, año 1210 y 1212.*

Sostenía, además de mil extravagantes errores, que el cristianismo solo consistia en creerse uno miembro de Jesucristo; que el paraíso, el infierno y la resurreccion de los muertos eran sueños. Fué condenado por la universidad de Paris, y apeló á Inocencio III, quien le condenó tambien. Temiendo ser castigado rigurosamente se retractó, y se retiró á San Martin de los Campos, en donde murió de pesadumbre y de despecho. Como el error siempre va en progreso, en rigor de su falta de centro, vióse al punto que sus discípulos inventaron nuevas é impías aserciones. Cuéntase entre estas el decir que todos los sacramentos eran inútiles; que todas las acciones dictadas por la caridad, aun el adulterio, no podían ser malas, con otros errores que fueron condenados. Su discípulo David de Dinant enseñó que Dios era la materia primera; y su sistema era muy parecido al de Espinosa: así se reproducen en un siglo los errores ya proscriptos; y como para cabal cumplimiento de que la iniquidad se engaña á sí misma, todos los esfuerzos de secta y de sistemas temerarios vienen á parar en serviles repeticiones de extravagantes delirios.

Ambicion, deseo excesivo de honores. Muchos filósofos de nuestro siglo han hecho la apología de la ambicion, porque el Evangelio la reprueba, y ordena la humildad. Dicen que un hombre es digno de alabanza, cuando anhela las dignidades y los puestos importantes, con el designio de ser útil á sus semejantes. Esto seria muy bueno, si fuera el motivo que les animara á los ambiciosos; pero demasiado sabemos por experiencia

que su intencion es la de gozar de los privilegios anejos á los altos puestos, sin dárselos mucho cuidado por cumplir con sus deberes: y además que los individuos mas inpetos son comunmente los mas ávidos y los que mas se mueven para llegar á ellos. « No imites, dice Jesucristo, á los que buscan los primeros puestos, los respetos y homenajes de los hombres. » Echa en cara este vicio á los fariseos, y trata de preservar de él á sus discípulos, *Matth.* xxiii, 6. Esta moral siempre será mas sabia que la de los filósofos. Por medio de los paliativos y restricciones no existe pasion que no se pueda llegar á justificar.

☞ Nada interesante debe parecer largo á los amigos de la buena literatura, y en esta persuasion no reparamos en trasladar la siguiente nota. — En los dos extremos de los seres, se encuentran Dios y la materia. Nada quieren adquirir; la materia, porque no tiene facultades, y Dios porque las posee todas. Entre estos dos abismos de la nada y de la inmensidad se encuentran los seres vivientes, dotados de una potencia que tan solo trata de engrandecerse porque siempre está en accion. La del bruto corresponde á sus necesidades, y se contiene en los límites que determinan estas; la del hombre, aguijoneada por la inteligencia, no es un término en sus tendencias, porque los deseos del alma son infinitos, y siempre trata de engrandecer su ser, para aproximarse á su principio.

También vemos aquí al amor propio dominando al hombre y haciéndole obrar. En tanto que no se separa de ese camino trazado por su naturaleza, de ese camino abierto para conducir á Dios las inteligencias, en tanto que no se engaña en el fin á que debe conducirle, trabaja realmente en su felicidad.

Mas desgraciadamente acontece con demasiada frecuencia, que el orgullo lunesto, que le atormenta desde su caída, dirige sus facultades hácia un fin opuesto, y emplea sus fuerzas en seguir los vanos fantasmas de felicidad. Entonces se erige á sí mismo un altar en su corazón, se considera como el fin último de sus propios esfuerzos; aislándose de Dios, rompe los eslabones de la cadena de su destino, y se deja dominar por las cosas terrenas. No reina ya en su corazón ni la emulacion para hacer el bien y merecer entre sus hermanos é iguales, ni para conseguir la corona del justo, sino el amor al poder y el culto de la individualidad egoista y envidiosa, que todo lo quiere supereditar, elevándose sobre los demás.

Tal es el origen de la *ambicion* que domina á los hombres, pasion funesta, hermana del orgullo, que los arrastra por diversos caminos en pos de las variadas ilusiones que los atraen. Al uno le inspira el amor al poder y al mundo, al otro le presenta una aureola de gloria ciñéndole la frente con un brillo inmortal. Ya es la palma de la elocuencia, ya el laurel de las conquistas. A aquel le da una sed insaciable de grandezas, títulos y honores; tortificado con la vanidad quiere deslumbrar por la pompa y el lujo. Otras veces corre en pos de la riqueza, y no será feliz sino cuando eclipse las fortunas mas colosales.

En este siglo de orgullo, en que el hombre hace tantos esfuerzos para separarse de Dios, y para encontrar en sí mismo los elementos de grandeza, de existencia y de duracion, la *ambicion* es una pasion muy comun. No quiere comprenderse que es imposible la igualdad perfecta entre los hombres. Esta igualdad no puede existir sino bajo el punto de vista de las cosas esenciales al ser, pero nunca respecto de las que no son mas que contingentes. Todos los miembros de la familia humana son iguales delante de la justicia divina; deberian serlo delante de la de la tierra: como seres, lo son á los ojos de la moral. Mas los hombres todavía quieren ir mas allá: todos tratan de romper la gerarquía social para su adelanto personal; cada uno cree valer por lo menos tanto como los que se encumbran en el poder, y trata de derribarlos para ocupar sus puestos. Tal es el secreto y la causa de esas *ambiciones* devoradoras que ponen tantos antagonismos en evidencia.

El industrialismo, los gobiernos republicanos y constitucionales fomentarán siempre las *ambiciones*, en tanto que los hombres tengan en mas la personalidad que la virtud, y quieran adelantar para sí mismos mas bien que para hacer el bien.

A veces la *ambicion* es hasta cierto punto un resultado de organizacion. Los hombres secos y biliosos, los melancólicos, aquellos cuyas facultades afectivas están poco desarrolladas tienen en general el instinto personal muy pronunciado: casi todos son envidiosos; con facultades un poco extensas serán *ambiciosos*.

La *ambicion* es una de las pasiones mas poderosas, domina á todas las demás, aun al amor físico: esto se explica por su naturaleza. Existe en la inteligencia, cuyos inmensos deseos jamás pueden satisfacerse, al paso que una multitud de pasiones, el amor físi-

co entre otras, teniendo por objeto las satisfacciones corporales, son por su naturaleza limitadas y sujetas á la saciedad.

Le propone sin cesar nuevos goces, y este atractivo es la causa de su accion. Mas, cosa notable, siempre se engañan los *ambiciosos* cuando consideran á estos goces como fines de la pasion que los domina; para ellos los fines, cuando los alcanzan, los convierten en medios. La *ambicion* es insaciable, es un abismo sin fondo; como el tiempo, devora todo lo que se le presenta. Tiene de comun con la envidia, que mira siempre adelante, jamás atrás ni á los lados. Un solo hombre que pase adelante, le hace olvidar que ha adelantado á otros mil.

Cuando marchamos por el campo, nuestras miradas se encuentran limitadas en el horizonte por un círculo que retrocede á medida que vamos avanzando. Los niños creen poder llegar á tocarle, mas los hombres juiciosos se rien de su simplicidad. Tal es el horizonte de los *ambiciosos*, siempre extiende sus límites huyendo ante sus ojos; y sin embargo, tan ciegos van que nada puede contener su carrera.

El que es arrastrado por este vicio no goza de nada, porque lo que desea le hace despreciar lo que posee. No goza de su gloria, que le parece muy pequeña, ni de los honores que le rinden, porque piensa en otros mas lisonjeros, ni de su poder, porque ve á otros hombres mas poderosos que él. Es desgraciado en la misma felicidad, indigente en medio de la abundancia. Ahí está Alejandro dueño del mundo, sentía que no hubiera otro universo que conquistar: Abi Amán, favorito de un gran rey, mas poderoso que su señor, y desgraciado, porque solo Mardoqueo rehusa doblarle la rodilla.

Dejando á un lado sus engaños y dolos, la *ambicion* participa de otras miserias; ¿qué envilecimiento para llegar al término que se propone! ¿A cuántas hajezas no se somete! Adular á los hombres que desprecia; incendiar la ignorancia de un protector; doblar la cerviz ante el poder; fomentar las pasiones de los que le sirven de escalon; soportar las afrentas; despreciar los disgustos y las humillaciones; hacer, en todas circunstancias, abnegacion de su voluntad propia; vender su honor y su conciencia; despreciar las leyes de la equidad y de la moral. Tal es el papel penoso, bajo é infame que representa la *ambicion*. Todo lo halla asequible; llega arrastrándose adonde se la deslizarian los pies ca-

minando de frente. Orgullosa y abyecta, audaz y servil, siempre desgraciada, se corre á sí misma el corazón. Sufre en los medios que emplea, es defraudada en sus esperanzas, y no consigue lo que desea sino á fuerza de acumular agitaciones sin número, y disgustos devoradores al rededor de una existencia tan frágil y miserable ya por sí misma.

Pocos tienen el temple de alma para marchar con la cabeza erguida adonde los arrastra su *ambicion*, para separar con mano firme los obstáculos que encuentra al paso ó para encontrarle llano y fácil por la superioridad de su genio. Para uno de esos gigantes que de siglo en siglo se ponen á la cabeza del mundo, le dirigen ó le trastornan, y suben con las alas extendidas al temple de la fama, ¿cuántos enanos no se deslizan, arrastrándose hasta esas regiones elevadas que el vulgo mira desde abajo? Esos *ambiciosos* de último orden son los mas numerosos, y los que agitan la sociedad, porque encuentran muchos mas antagonistas que combatir. Mientras que los primeros entran en los altos designios de Dios, como medios para regenerar y castigar al mundo, estos últimos son los buitres que eternamente devoran el cuerpo social; establecen por el sitio de sus presas el terreno de los honores y de los puestos, y separan de las concurrencias á todos los talentos y á todas las virtudes, salpicando con lodo al mérito.

Esas *ambiciones* miserables producen las agitaciones intestinas que nos acosan sin cesar, ellas son las que engendran los molines y las conspiraciones, que ponen en juego la intriga y la mentira para minar las fortunas y las glorias. A ellas se deben los escándalos de toda especie que deshonran nuestro estado social. No habléis á nuestros legisladores de esas modestas virtudes romanas que conducian á la gloria por medio del talento y de los méritos; para ellos, el camino es mas corto, llegan al fin haciéndose jefes de pandilla por sus hajezas. En el día se trata menos de merecer los votos de sus conciudadanos, que de mendigarlos y comprarlos.

Ahora el pueblo es rey, dicen, pobre rey, que las *ambiciones* de los grandes empueren ó mutilan; aplaude la comedia que representan sus señores, y no gana en este espectáculo, que le dan á sus expensas, mas que el asociarse, como un servil imitador, á sus vergonzosas pasiones. La *ambicion* desciende desde la cumbre hasta la base de la sociedad; sopla en la masas su aliento abrasador;

todos se lanzan en pos de un sueño que creen poder realizar, ninguno se considera apto para llenar el papel modesto, aunque útil, á que la Providencia le ha destinado. Adelantos, riquezas, hé aquí los clamores de la época; se arriesga todo, naufragan cuerpo y bienes en las empresas mas inciertas, y la espantosa bancarrota sume continuamente á sus víctimas en la miseria, en las cárceles y en la desesperación.

¡Triste destino del hombre! cuando tan solo se concreta á las cosas de la tierra, es el juguete de las enfermedades de su corazón y de su inteligencia orgullosa.

La ambición busca sus satisfacciones en las cosas, que varían según los lugares, los tiempos y las preocupaciones. Como todo lo que depende del entendimiento humano, está sujeta á la versatilidad y recibe la influencia de una multitud de modificadores. El salvaje que habita los bosques del Nuevo Mundo pone toda su gloria en su vigor y valor; cuantas mas cabelleras humanas cuelga en su cabana, tanto mas grande aparece; cuantas mas figuras pintarreja, ridiculas ó groseras á los ojos del arte, tanto mas digno es de admiración. El negro del Senegal ambiciona con tanto anhelo un viejo frac, único vestido que puede llegar á poseer, como nuestros tribunos la casaca galoneada de primer ministro. La ambición de nuestros antiguos caballeros era la de llevar la espada mas pesada y botar de la silla á los mas valientes; la de nuestros hombres de estado, es la de hacer mas brillantes discursos y conquistar el mayor grado de influencia.

¡Pasion insaciable! la ambición anhela la celebridad, el poder, los honores y la fortuna á cualquier precio. El crimen no la detiene; para el que ama los fines, dice, todos los medios son buenos. Rómulo mata á su hermano para reinar; Soliman comete otro crimen semejante con el mismo objeto; Mahomet insulta la divinidad para hacerse jefe de religion; Eróstrates incendia el templo de Efeso para inmortalizar su memoria; otro malvado asesina á Galeas, duque de Milan, y al conducirle al suplicio exclama con entusiasmo: « Si mi muerte es cruel, mi fama es segura, y la posteridad guardará en su memoria este hecho. »

Esta pasión es la que engendra todos los herejes. Ella fué la que derrumbó uno de los genios mas brillantes de nuestra época; ella hizo de una de las columnas mas firmes de la Iglesia católica un conspirador popular, un

adulador de los hombres de partido, un renegado vergonzoso que no sabe como desachar la memoria de lo pasado que lo oprime, y en la cual, haga lo que quiera, se encuentra su genio encadenado.

Cuando la ambición domina á una de esas almas poderosas, ante la cual desaparece el antagonismo, y la fortuna la franquea el camino, uno de esos genios belicosos que no sueñan mas que en conquistas y en el poder, azotes de la humanidad, entónces veis á los hombres correr en pos de la fantasma de la gloria, seguir sus devastaciones, precipitarse los unos sobre los otros, como otras tantas bestias feroces, y anegar la tierra con arroyos de sangre. Nada encanta mas los ojos de esos ambiciosos que el espectáculo de un encarnizado combate, en el que un millon de hombres se degüellan por su causa. Su mirada domina á ese campo de batalla, su voluntad hace mover todas esas legiones y tronar los instrumentos de muerte. Al siguiente día el suelo estará cubierto de cadáveres, de troncos humanos; millares de desgraciados quedarán mutilados: todas las familias de un imperio derramarán lágrimas sobre tal calamidad, que se llama una victoria; pero la historia la inscribirá en sus anales, y la fama la extenderá por todo el universo.

Nada detiene á esos azotes de las naciones, cuando dominan á la victoria; el espíritu del vértigo se apodera de su pensamiento, sueñan con el imperio del mundo; no terminan una guerra sino para emprender otra. Piro abandona sus estados para probar fortuna contra el poder romano; Alejandro devasta el Asia; á principios del siglo Napoleon reduce á polvo bajo su espada á la Europa entera; y no obstante llega el día en que estos torrentes encuentran un obstáculo al paso; Dios no les permitirá aniquilar al mundo: les arma por un momento con su espada, mas se la rompe cuando se hallan cumplidos sus designios.

Estas épocas de gloria cuestan á las naciones mucha sangre, humillaciones y vergüenza, porque tarde ó temprano los oprimidos se vengán. Los bárbaros entregan el saqueo á esa Roma que tantas veces los tiranizó; el extranjero viene á insultar al emperador sobre su columna y humillar la frente de la Francia, tanto tiempo orgullosa con su poder. Mas la ambición no ve ese término fatal en la embriaguez de la victoria. ¿Cómo creer que Austerlitz y Wagram sean el camino de Santa Helena?

¿Porqué pues atormentan de esta suerte los hombres su existencia? ¿No llegarán á vencerse alguna vez de que todas esas vanidades de la ambición no son nada para la felicidad? ¿No se os presenta todo lo pasado, atestiguando los desastres de la ambición? De todos esos nombres engolfados en el porvenir por los ambiciosos de todos los siglos, ¿cuántos hay que sobrenaden? Los mas gloriosos pierden su colorido despues de algunos años; nuevos acontecimientos ocupan la atención del mundo; y despues de un siglo todo lo que ha pasado de memorable no existe mas que de una manera vaga y confusa en la memoria de los hombres.

La historia no escribe en sus fastos sino los hechos mas notables, aquellos que son de tal naturaleza que se tienen en algo para el destino de las naciones. Olvida y rechaza todo lo que no tiene esta importancia. Entre los compañeros de Cesar se encontraba un gran número de jóvenes romanos que creían llegar á la inmortalidad, siguiendo su fortuna. ¿Qué recuerdo nos han legado? Los hechos mismos de nuestra historia nacional se nos presentan en una lontananza nebulosa, y los hombres que se cubrieron de gloria á los ojos de sus contemporáneos, los que se colocaron á la cabeza de los gobiernos y que fueron poderosos por su fortuna y elocuencia, apenas llaman nuestra atención. La yerba crece pronto sobre los sepulcros, y las estatuas se suceden con rapidez sobre el pedestal de la fama. El moho de los tiempos corroe los bronce mas gloriosos, borra las inscripciones mas brillantes, y mezcla las cenizas de los héroes con las cenizas del comun.

¿Dó están los monumentos de los Asirios y de los Medos? ¿Cuántas estatuas no levantaron Grecia y Roma! El vandalismo de las naciones; no viene tambien en apoyo del tiempo destructor? ¿Ha respetado la memoria de los reyes de la Francia que dormían en las bóvedas de S. Dionisio? ¿No llegará el día que abata el orgullo del Panteon? ¿Quién sabe? Nivire no ocupa ya un lugar en la tierra, y el pastor sentado sobre las ruinas de Esparta, no sabe ni aun decir á los extranjeros lo que fueron aquellos restos de columnas y trozos de mármoles. Tan solo han pasado algunos siglos y vinjeros ilustres preguntando en vano á los ecos y á aquellos depojos sobre las glorias de otro tiempo.... Al escuchar su silencio, no les queda mas recurso que meditar sobre las vanidades humanas.

Todo es perecedero aquí abajo, y las generaciones de gloria descienden á la tumba como las generaciones de los hombres. ¿De qué sirve hacer al caer un poco mas ruido que el vulgo? Esa es la señal que esperan la envidia, la calumnia, y muchas veces la verdad, para arrancar á la tumba una gloria real ó falsa. Jamás borrarán sus esplendores el asesinato de Clytus, ni alorarán los gemidos que salen de los fosos de Vincennes.

La ambición acaso podría arrostrar la muerte y el tiempo; mas ¿cómo despreciar los golpes de la fortuna y las vicisitudes humanas? El que se sienta sobre un trono, está seguro de no morir en el destierro, en las cadenas ó sobre el cadalso? Ocupáramos todas estas páginas con los nombres mas brillantes, si quisieramos recordar al lector todas las catástrofes de la ambición. Tasso muere la víspera de su triunfo. Temístocles es destruido; Manlio despeñado; Pompeyo y Cesar, esos dos rivales que se disputaban el mundo, mueren asesinados, el primero en las riberas africanas, y el segundo en medio del senado de Roma. De setenta y seis miembros que dirigieron la convención francesa, diez y ocho fueron guillotinados; tres se suicidaron; ocho fueron deportados; seis encarcelados; veinte y dos colocados fuera de la ley, y cuatro atacados de enajenación mental. Jamás brotaron tantas ambiciones, y nunca sufrieron tantas derrotas dirigidas por la providencia.

Al través de los mares mas apartados existe una roca olvidada, alijada del mundo, y que parece estar colocada allí para servir de asilo á la desesperación. No ha mucho andaba errante sobre sus bordes, contemplando desde aquella altura el mar, el que vió el universo á sus piés y el que atravesaba la Europa arrestrando en pos de sí á sus naciones y á sus príncipes. Jamás fueron los hombres testigos de tanta gloria ni de tanto infortunio. El emperador Napoleon guardado sobre este peñasco por insolentes carceleros, muriendo lejos de su patria, de su familia, y casi sin amigos, es el ejemplo mas grande que nos ha legado la historia. Los monumentos de los hombres se desploman, y se esconden bajo sus escombros. Santa Helena es un monumento de eterna duración que proclamará en todos los siglos la impotencia del hombre y la grandeza de Dios, sin cuya voluntad nada se cumple aquí abajo, y que dice á los conquistadores: « Yo vengo á ti, ó príncipe soberbio... porque tu hora ha llegado, y hé aquí el tiempo en que yo debo visitarte... »

Jer. 1, 31. «Llegó el tiempo en que te has precipitado en el abismo: los que te vean se aproximarán á ti, y dirán al contemplarte: ¿es ese el hombre que ha espantado á la tierra y conmovido á los reinos?» *Isaías, xiv, 15 y 16.*

¿De qué sirve á la ambición esas grandes lecciones del infortunio? No piensa en lo pasado, y la esperanza jamás muere en su corazón. En el caso de un porvenir incierto, aceptará á no dudarlo, la desgracia, la prision y la muerte, con tal que pueda satisfacer la sed que le devora. Es una pasión que no se apaga con la edad y que nunca se sacia. El ambicioso no cede voluntariamente el puesto que ocupa, no desciende de esa posición sino cuando ya no puede engrandecerse mas, cae sobre sí mismo y se hunde bajo su peso. Todos los hombres que han ocupado los altos destinos, cuando se les separa de ellos, pierden la salud rápidamente, si no vuelven á colocarse en otra esfera de actividad y de ambición. Los gobiernos que han instituido los títulos honoríficos, las cintas y las cruces para aquellos que priva de sus empleos y del poder, conocían bien el corazón humano, y sabían que es necesario consolar la ambición con la vanidad. Tanto valdría condenar á muerte á los que despoja de esta suerte, arinconándolos sin compensación; en todas las edades, el hombre se divierte con los dijes.

La ambición es una pasión exclusiva; rara vez el corazón de aquel á quien domina da acogida á otros impulsos. La naturaleza ha perdido para él su encanto; permanece sordo á esa sublime armonía de la creación, que proporciona unos goces tan puros al corazón tranquilo que sabe escucharla. Todos esos placeres que son la distracción del trabajo, el encanto de los ratos ociosos no tienen para él atractivo. Olvida con la mayor facilidad que es esposo y padre. No tiene amigos, no considera á los hombres sino como obstáculos ó medios. No ocupa un asiento en el banquete de la familia y de la amistad, ni su paladar gusta de los manjares. El camino de la ambición está sembrado de espinas y abrojos, á la manera que cuando el soplo abrasador del desierto atraviesa la llanura, agosta la yerba, despoja á los árboles de su verdor, y se ve reinar por do quiera la muerte, en donde poco antes la risueña naturaleza ostentaba sus tesoros.

La actividad devoradora que arrastra á la víctima de la ambición, no le deja tiempo para

reposar. Sus facultades cerebrales, siempre exaltadas, sobreexcitan todo el organismo. La sangre circula con fuerza y frecuencia; el corazón es el asiento de palpitaciones violentas; los pulmones respiran con mas rapidez y trabajo; las digestiones se hacen mal; la frente se encuentra surcada con arrugas profundas; las cejas contraídas y aproximadas; los ojos hundidos, lanzando miradas secas y penetrantes. Nunca se presenta la sonrisa en sus labios; y la tez no brilla ya con los matices sonrosados de la salud. Los cabellos blanquean ó se caen antes de tiempo.

Mil alteraciones profundas están en germen en esas organizaciones continuamente azotadas por la fiebre. El aneurisma, el cáncer del estómago, las obstrucciones viscerales, acaban ordinariamente los días del hombre subyugado por esta pasión.

Muy frecuentemente la inteligencia no puede sobrelevar esta exaltación; se deprava. En los delirios y aberraciones de la locura es en lo que termina su carrera la ambición. Las casas de dementes se encuentran llenas de emperadores, conquistadores, millonarios, papas, santos y hasta de dioses. Los poetas y grandes oradores abundan en ellas. En esos sitios, ya no hay trabas para la ambición, ni el bien parecer que la limite, ni consideraciones que la contengan. Esa extensa llaga aparece en toda su desnudez. El emperador se envuelve en su púrpura de trapajos, y bajo las ridículas insignias en que se halla rebujado, toma el continente, el aspecto del poder y de la majestad. El conquistador habla de sus victorias; incesantemente va á partir para acabar de someter la Europa; escribe instrucciones á los generales. Este que mira al cielo con un lujo excesivo de gestos grandiosos es un Dios que á la menor señal hace volar las nubes y dirige el rayo. Aquel, subido sobre un otero, arenga á una multitud inmensa, y domina las masas con la fuerza de su elocuencia.

¡Qué espectáculo y qué lecciones! ¡Ah! ese ambicioso tan altivo y vano, que delira con el imperio del mundo y la gloria, es un pobre loco que se pone á la crítica del mundo, excitando la risa de los niños y la piedad de los hombres.

Ambiciosos, que os elevais insolentemente por cima de los demás mortales, que soñais grandezas y poder, descended á esos asilos, venid á instruirlos á la vista de tantas miserias, aprended á lo que pueden conducir los extravíos del amor propio, y caed en el tér-

mino de las vanidades humanas: una plaza en el hospital de locos para las ambiciones sin sucesos; para las que adopta la fortuna alguna catástrofe sangrienta; y la historia está allí para recordarlo.

Los auxilios de la medicina y de la moral son poco menos que impotentes para curar la ambición. Esta pasión se hace sorda á los consejos, y conoce difícilmente su mal. El médico prescribirá al ambicioso un régimen alimenticio sedativo, le alimentará con leches, frutas y legumbres; no le permitirá el uso de bebidas alcohólicas. Le aconsejará un ejercicio activo: la caza, la pesca y la agricultura le serán útiles. Tratará de ocupar su entendimiento con el encanto del estudio, y desportará en él el amor á las bellezas de la naturaleza. La tranquilidad de una hermosa campiña y las emociones dulces de la soledad, le harán olvidar, acaso, la sociedad tumultuosa del mundo. Nunca podrá curar el ambicioso, en tanto que sea expectador de las luchas de la ambición. Así como á un soldado le excita el ruido lejano de un combate, de la misma suerte sentirá hervir su sangre, y renacer en él esos deseos impetuosos que le arrastrarán como antes á su pesar. El médico le deberá aconsejar el trato de algunas personas sabias y contentas de su suerte.

Si duda, esa felicidad tranquila de que se será testigo, esa vida apacible en el seno de los goces tan puros de la amistad y de la familia, calmarán su ímpetu ambicioso.

Mas la religión es la que está encargada del papel mas útil y principal en estas circunstancias. Ella toca presentar al ambicioso esas altas consideraciones, que hacen entrar al hombre en sí mismo. Le manifestará la fragilidad humana comparada con la majestad de Dios; y le hará comprender cuán vanas y peligrosas son para él porvenir todas esas preocupaciones en que se extravía; le manifestará la pequenez de las cosas terrenas, y la importancia de las del cielo; le dirá como el Señor se burla de los ambiciosos, como precipitó á los ángeles soberbios cuando quisieron igualarsele, como ha derrumbado á los hombres orgullosos de todos los siglos. La religión domará ese corazón altanero, prosternará esa frente soberbia delante del que mira de la misma suerte al pobre que al monarca, al esclavo que al conquistador.

Curado bien pronto de una vana ambición, ese hombre cumplirá con docilidad su destino en las vías de la Providencia, hará el bien á los hombres, sin esperar de ellos ninguna

recompensa, y disgustado de las vanidades del mundo, marchará á la conquista de una inmortalidad que no le será arrebatada, porque no depende del capricho de la fortuna, sino de la justicia de Dios. (*Des passions dans leurs rapports avec la religion, la philosophie et la médecine légale, par P. Belouin, docteur médecin.*)

Ambrosiano (rito ú oficio). Manera particular de practicar el oficio en la Iglesia de Milan, la que tambien se llama algunas veces *iglesia ambrosiana*. Este nombre viene de S. Ambrosio, doctor de la Iglesia y obispo de Milan, en el siglo cuarto. Walafrid Strabon ha pretendido que S. Ambrosio era verdaderamente el autor del oficio que se llama tambien en el dia *ambrosiano*, y que le dispuso de un modo particular, tanto para su iglesia catedral, como para las demás de su diócesis. Sin embargo, algunos creen que la iglesia de Milan tenia un oficio diferente del de Roma, aun antes de este santo prelado. Efectivamente, hasta la época de Carlomagno, las iglesias tenían cada una su oficio propio; en Roma misma habia una gran diversidad de oficios; y si homos de creer á Abelard, solo la Iglesia de Letran conservaba por completo el antiguo oficio romano: mas posteriormente, cuando los papas quisieron hacerle adoptar á todas las iglesias de Occidente, á fin de establecer una uniformidad en el rito, la Iglesia de Milan se valió del nombre del grande Ambrosio, y de la opinion que se tenia de que habia compuesto ó trabajado este oficio, para que le exceptuaran: lo que hizo que tomara el nombre de *rito ambrosiano*, por oposicion al rito romano. La liturgia *ambrosiana*, se publicó por Pamelius en 1560; el Padre Le Brun le ha sacado de diferentes misales antiguos, impresos ó manuscritos; anota con la mayor exactitud en que se diferenciaba del de Roma, lo que S. Ambrosio le habia añadido, y lo que existia antes de su época. Refiere las tentativas que se han hecho, ya por el papa Adriano I bajo el reinado de Carlomagno, ya por los sucesores de este pontífice en los siglos siguientes, para introducir en la Iglesia de Milan la liturgia romana y el rito gregoriano, y la resistencia constante del clero de Milan. S. Carlos mismo tenia mucho zelo por la conservación del rito *ambrosiano*; este rito subsiste todavia en la catedral y en la mayor parte de las iglesias de la diócesis de Milan. *Explicacion de las ceremonias de la misa, t. 3, p. 175.*

Ambrosiano (canto). Se ha hablado

también del canto *ambrosiano* en los rubricarios, usado también en la Iglesia de Milan y en algunas otras: se distinguía del canto romano en que era más fuerte y elevado; al paso que el primero es más suave y armonioso. V. CANTO Y GREGORIANO. S. Agustín atribuye á S. Ambrosio el haber introducido en Occidente el canto de los Salmos, á imitación de las iglesias orientales; es muy probable que compuso ó revisó la salmodia. *August. conf. l. 9, c. 7.*

Ambrosianos ó **Pneumáticos**, nombre que algunos han dado á los anabaptistas, discípulos de un cierto Ambrosio que encomiaba sus pretendidas revelaciones divinas, en comparación de las cuales despreciaba los libros sagrados de la Escritura. *Gantion, de Her. en el siglo diez y seis.*

Ambrosio (S.) doctor de la Iglesia y arzobispo de Milan, muerto el año 397. La mejor edición de sus obras es la de los benedictinos, en dos volúmenes en folio. Lo que más honra á S. Ambrosio es el haber tenido por discípulo á S. Agustín. Las demás acciones suyas pueden verse en el *Diccionario histórico*; nosotros nos limitaremos á examinar las acusaciones formuladas contra su doctrina. Se le echa en cara haber llevado demasiado lejos la extensión de la paciencia cristiana y el mérito de la virginidad y del celibato; de haber dicho que antes de Moisés no había ley que prohibiera el adulterio; y haber querido justificar en los santos personajes, de que habla la Escritura, acciones que no deben ser alabadas ni recusadas.

Estas acusaciones tomadas de Daillé y de Barbeyrac, ambos protestantes, no valen la pena de ser repetidas por los incrédulos. Los primeros cristianos llevaron la paciencia hasta el heroísmo; todo se necesitaba para convencer á sus perseguidores de la inutilidad de los suplicios para exterminar el cristianismo, y para demostrar á los paganos la superioridad de las máximas del Evangelio sobre la moral de sus filósofos. En el día algunos críticos temerarios se atreven á sostener que esta paciencia no fué tan grande.

En los artículos **CELIBATO** y **VRGINIDAD** probaremos que los Padres no han dicho mas que S. Pablo, que esta doctrina es sabia é irreprensible, que no es cierto que derogue la santidad del matrimonio, ni que sea perjudicial al bien de la sociedad.

S. Ambrosio tuvo razon al decir que antes de Moisés no había ley *positiva* que prohibiese el adulterio; pero con esto no quiso dar á

entender que estuviera permitido por la ley natural.

El comercio de Abraham con Agar no era ni un adulterio ni un concubinato, sino una *polygamia*; y entonces no estaba reprobada por el derecho natural. V. **POLYGAMIA**.

Con mucha impropiedad S. Ambrosio llama *adulterio* á este segundo matrimonio de Abraham; pero no va muy descaminado al decir que en esto no pecó aquel patriarca. Es evidente, por lo que dice de Faraon, de Abraham, *lib. 1, c. 2*, que jamás pensó en que el adulterio propiamente dicho pudiera estar permitido, y por mas que diga Barbeyrac, no es una contradicción. *Tratado de la moral de los Padres, c. 13, § 12.*

Por lo tocante á las demás acciones de los patriarcas, que los Padres de la Iglesia han excusado. V. **PATRIARCA, ABRAHAM, etc.**

Otros críticos han acusado á S. Ambrosio de haber enseñado que el alma humana es material, porque nada está exento de composición material mas que la sustancia de la Trinidad, que es de una naturaleza simple y sin mezcla. *De Abraham, l. 2, c. 8, n. 58.* Pero en este mismo pasaje dice que el alma humana es indivisible y unida á la Santísima Trinidad, que es simple. Por otra parte, profesa formalmente la inmaterialidad y la inmortalidad del alma en otras muchas obras. *In Psalm. cxviii, Serm. 10, n. 13, 16, 18; Hexan. lib. 6, c. 7, n. 10, etc.*

Le Clerc, en sus notas sobre las *Confesiones de S. Agustín*, pretende que la invención de las reliquias de S. Gervasio y S. Protasio fué un fraude piadoso de S. Ambrosio, que se sirvió de este expediente para aumentar su autoridad, reprimir á los arrianos é imponer á la emperatriz Justina que los favorecía. Prueba esta sospecha: 1.º porque S. Agustín refiere que S. Ambrosio fué instruido por medio de una vision ó revelacion del lugar en que estaban estas reliquias, al paso que S. Ambrosio no habla de esta vision al referir este acontecimiento. *Epist. 22, lib. 1.* 2.º S. Ambrosio dice: «Encontramos dos cuerpos de una estatura extraordinaria, tales como eran en los tiempos antiguos. ¿Quiere hablar de los tiempos heroicos, ó quiere dar á entender que los mártires eran mayores que los demás hombres? 3.º Refiere que los poseídos, ó mas bien los demonios, atormentados por estas reliquias, confundieron á los arrianos. 4.º Con efecto, este acontecimiento sirvió para humillar y contener á estos herejes. Luego fué una estratagemá inventada á propósito. Le Clerc

cree que sucede lo mismo con todas las demás invenciones de la misma especie.

¿Son estas suficientes pruebas para acusar de mala fe á un personaje tan respetable como S. Ambrosio? Si hubiera hablado de la revelacion que habia tenido, Le Clerc le habria vituperado de haberla forjado por orgullo. No es un prodigio que dos mártires hayan tenido una estatura alta, tal como nos la pintan los poetas en los hombres de los tiempos heroicos; no tiene nada de ridiculo esta observacion de S. Ambrosio. Se verificaron otros milagros con este motivo, fuera de las curaciones de los poseídos. S. Agustín cuenta que un ciego recobró la vista, y parece afirmarlo como testigo ocular. Para cometer un fraude era preciso haber tenido un gran número de cómplices, los sepultureros, los testigos, los de los milagros, todo el clero de Milan, y aun todos los católicos rodeados de los arrianos; ¿podremos creer que ninguno de estos últimos fuese testigo de todos estos hechos? S. Ambrosio se hubiera expuesto á la irrision de los herejes, al descrédito de la fe católica y al resentimiento de la emperatriz Justina: no era tan imprudente para correr tan gran peligro. ¿Era indigno de Dios el confirmar por los milagros la fe en la divinidad del Verbo y el culto de las reliquias, contra el cual se levantó Vigiliancio en aquella misma época? Mas Le Clerc, que no creia ninguno de estos dogmas, quiere acusar mejor á toda la Iglesia católica de supercheria que el desdecirse de sus opiniones. Por un efecto de la misma pertinacia, vituperó á S. Agustín el haber fingido los pretendidos milagros obrados por medio de las reliquias de S. Esteban, y de haber sobornado á los que fueron favorecidos con los milagros.

Se atribuye á este santo Doctor la composición del *Te Deum*, en union de S. Agustín, su discípulo y su más ilustre conquista. Se dice que estos dos santos en el arrebato de una piedad tierna y sublime pronunciaron alternativamente los versículos de este majestuoso cántico: otros dicen que es exclusivamente de S. Ambrosio, y el nombre de *hymnus ambrosianus* que generalmente se le da al *Te Deum*, es una prueba de esta opinion. Por otra parte el tono y la marcha del cántico parecen favorecer la primera; «Porque, dice un crítico ilustrado, lo que distingue este cántico de mil otros, muy respetables sin duda, y que con justo título tiene cabida en la liturgia, no es solamente la multitud de ideas vastas, grandes, profundas y sublimes, que com-

ponen su fondo, sino también la manera con que está todo dispuesto, ó si se quiere arrojado con una negligencia de ingenio infinitamente superior á los esfuerzos del arte. Aquel tránsito rápido del cielo á la tierra, y de la tierra al cielo, y de la tremenda majestad del Eterno á las miserias y necesidades del hombre; adoracion, terror, amor, esperanza, afectos vivos y tiernos, apóstrofes de admiracion y de respeto, de confianza y de gratitud, lenguaje animado y en desorden, caidas bruscas y desiguales, versos sin metro, número ni cadencia, todo revela un entusiasmo alimentado en el fuego de la divinidad, y acreditada la manera súbita, y por decirlo así, inspirada, con que nos enseña una tradicion antigua que fué compuesto aquel himno inimitable por dos grandes lumbreras de la Iglesia... Los protestantes, que han despreciado tantas cosas de los católicos, no han juzgado que debian pasarse sin esta, conociendo que no podia ser reemplazada.»

Daillé, Barbeyrac y Le Clerc se dedicaron á criticar la doctrina de S. Ambrosio, en especial el último, que siendo sociniano no pudo perdonar al santo Doctor su zelo contra los arrianos; llegado hasta calificar de engaño lo que refiere el santo, como testigo ocular, acerca de los cuerpos de los mártires S. Gervasio y Protasio. El solo nombre de este Padre de la Iglesia, y la venerable idea que produce en el animo de los católicos despues de quince siglos, bastan para refutar las malas é injustas críticas y las impudentes calumnias de sus enemigos. En general, cuantas injurias hacen los novadores á los Padres de la Iglesia, no son otra cosa que una prueba decisiva de la oposicion que hay entre la antigua verdadera creencia y las máximas perniciosas de los sectarios, que, no pudiendo apoyarse en la autoridad de estos respetables depositarios de la tradicion, no les queda mas recurso que el triste y humillante de denigrarlos. En semejantes cuestiones conviene no perder de vista la máxima del Señor Baltasar, que sin embargo de concretarla su autor al negocio interesante de la doctrina, es de una aplicacion general. «Para formar concepto sobre el verdadero origen de ese odio implacable contra los Jesuitas, basta considerar quienes son sus enemigos principales.»

AMECEN, palabra hebréa, usada en la Iglesia al fin de todas las oraciones solemnes, con la que concluye; significa *fiat, así sea, házgase así*. Los sueños de los cabalistas acerca de este término no merecen ocuparnos ua

momento. La voz *amen* se encontraba en la lengua hebrea, antes que hubiese en el mundo ni cabala ni cabalistas, *Deuteron.* xxvii, 15.

La raíz de la palabra *amen* es el verbo *AMAS*, el cual en la pasiva significa ser verdadero, fiel, constante, etc. Se ha hecho de él una especie de adverbio afirmativo, que, colocado al fin de una frase ó de una proposición, significa que se asiente á ella, que es cierta, que se desea su cumplimiento, etc. Así en el pasaje que acabamos de citar del Deuteronomio, Moisés mandaba á los levitas exclamar en alta voz dirigiéndose al pueblo: « Maldito el que corte ó funda alguna imagen, etc., y el pueblo debía responder *amen*, es decir, *si, que lo sea, yo lo deseo, consiento en ello*. Pero al principio de una frase, como se encuentra en muchos pasajes del nuevo testamento, significa *verdaderamente*; cuando está repetido dos veces, como sucede siempre en S. Juan, hace el efecto de un superlativo; según el genio de la lengua hebrea y de las dos lenguas de quita es la madre, la calda y la siríaca. En este sentido deben entenderse estas palabras *amen, amen*, la palabra hebrea *amen*, en su griego excepto S. Lucas que la expresa algunas veces por *amen, verdaderamente*, ó *ai, ciertamente*.

Amenazas. Según la observación de muchos Padres de la Iglesia, las amenazas que Dios hace á los pecadores, son un efecto de su bondad; si tuviera designio de castigarlos, no trataría de atemorizarlos, los abandonaría á una completa seguridad. La justicia de Dios exige, sin duda alguna, que cumpla todas sus promesas, á menos que los hombres no se hagan indignos de ellas por su desobediencia; pero no exige que se ejecuten todas sus amenazas; puede perdonar y tener misericordia de quien quiera, sin que por esto derogue ninguna de sus perfecciones. En la Sagrada Escritura vemos que Dios se ha inclinado muchas veces en favor de los pecadores por las oraciones de los justos. ¿Cuántas veces la intercesión de Moisés no separó los golpes con que Dios quería castigar á los Israelitas?

Esto es lo que observa S. Jerónimo, *Dial. 1. contra Pelag.* c. 9; *in Isaíam, c. ult.*; *in Epist. ad Ephes.* c. 2. S. Agustín, *L. de Gestis Pelag.* c. 3, n. 9 y 11; *contra Julian.* l. 3, c. 18, n. 25; *contra duas Epist. Pelag.* l. 4, c. 6, n. 16; san Fulgencio L. 1, *ad Monim.* c. 7, etc. V. MISERICORDIA.

De aquí no se deduce que no temamos que tener el efecto de las amenazas de Dios, con

frecuencia las ejecuta del modo mas terrible; diganlo sino los hombres antdiluvianos, los Sodomistas, los Egipcios, los Israelitas idólatras y rebeldes, etc. No cumplió las que hizo á Dávid, al rey Achab, á los Ninivitas, etc., porque se arrepintieron é hicieron penitencia. En estas circunstancias, la Escritura dice que Dios se ha arrepentido del mal que quería hacer á los pecadores, *Ps. cv.* 43; *Jerem.* xxvi, 19, etc., porque su conducta es semejante á la de un hombre que se arrepiente de haber amenazado. Dios mismo declara en otra parte que es incapaz de arrepentimiento y de cambiar de voluntad. V. ANTRÓPATA.

América. Algunos incrédulos han dicho que era imposible el concebir de la manera con que fué poblada la América después del diluvio; de lo que deducen que este azote no fué universal, y que no sumergió esta parte del mundo. Mas posteriormente por los nuevos descubrimientos que han hecho los navegantes, se ha visto que desde el nordeste de la Tartaria el paso á la América no es largo ni difícil. La semejanza que se advierte entre los habitantes de estos dos continentes acaba de convencernos de que tienen un origen común, que los americanos septentrionales vinieron de las extremidades orientales del Asia. M. de Guignes en su *historia de los Chinos*, demuestra que en el siglo quinto los chinos comerciaban con la América, y se han encontrado restos de navios chinos y japoneses en las costas de la California y del mar del Sud. En el siglo diez los de Noruega descubrieron la América septentrional, y enviaron á ella una colonia que fué olvidada en los siglos posteriores; lo que aconteció en aquella época, pudo verificarse en los siglos anteriores.

El autor de los *Estudios de la naturaleza*, t. 2, p. 621, ha reunido muchas observaciones por las cuales viene á demostrar que la población de la América meridional se ha verificado por las islas del mar del Sud; que los habitantes de las extremidades meridionales del Asia han podido de isla en isla penetrar con facilidad en América. Los negros que en corto número se encontraron en ella, no son indígenas, fueron transportados allí por casualidad ó de otro modo desde las costas meridionales del Africa.

[Un sabio ruso, profesor de la Academia de Petersburgo, llamado Kracheninnikou, aprovechándose de los conocimientos que había adquirido por su larga permanencia en el Kamtschatka, y de las observaciones de

Steller, que tambien habia permanecido allí muchos años, era de opinion que esta península del Asia estaba en otro tiempo contigua á la América, de la que se habia separado por algun gran temblor de tierra. Lo demostraba del modo siguiente:

« 1.º El continente de América se extiende desde el Sud-este al Nord-este, casi á igual distancia por todas partes de las costas del Kamtschatka, y las dos costas parece que están paralelas, principalmente desde la punta de los Kowrilos hasta el cabo Tchoukotsa. »

« 2.º Por la forma que presentan las costas, se conoce que se han separado con violencia, y las islas que están en medio constituyen una especie de cadena, como las Maldivias. Los temblores de tierra son muy frecuentes en el Kamtschatka. »

« 3.º Una multitud de cabos entran mas adentro, hasta el espacio de quince leguas. »

« 4.º Los habitantes de la América, correspondiente á la extremidad oriental del Asia, que está frente á frente del Kamtschatka, se parecen á los Kamtschatkados. Son gruesos, rechonchos y robustos; tienen los hombros anchos; su estatura es mediana; los cabellos negros y lacios los llevan esparcidos; su cara es chata y atezada, la nariz aplastada sin ser muy ancha; tienen los ojos negros como el carbon, los labios gruesos, poca barba, y el cuello corto. Se alimentan de pescados, bestias marinas y de yerba dulce que preparan como los Kamtschatkados..... Consideran como adorno particular el agujerearse las mejillas y ponerse en ellas piedras de diferentes colores ó pedazos de marfil. Algunos se ponen en las narices varios lapiceros de pizarra de la longitud poco mas ó menos de dos dedos; otros llevan huesos de igual longitud bajo el labio inferior; hay quien trae otros semejantes en la frente; los naturales de las islas que están al rededor del cabo de Tchoukotsa, y que tienen comunicacion con los Tchoukotsi, tienen seguramente el mismo origen que estos pueblos de la América, porque tambien tienen como un adorno el ponerse huesos en la cara. »

« 5.º Los Americanos y los Kamtschatkados tienen las mismas facciones. »

« 6.º Guardan y preparan la yerba dulce del

1 Los leones, los tigres y las demás bestias salvajes que los Españoles encontraron en el continente de América, son tambien una prueba de que estaba contigua al nuestro en la antigüedad; porque jamás se han hallado estos animales en ninguna isla separada de tierra firme.

mismo modo, lo que no se ha observado en otra parte. »

« 7.º Unos y otros emplean el mismo instrumento de madera para encender el fuego. »

« 8.º Sus hachas son de pedernal ó de hueso; lo que hace pensar con justa razon á Steller que los Americanos han estado en otra época en comunicacion con los Kamtschatkados. »

« 9.º Sus vestidos y sombreros tienen la misma forma que los de los Kamtschatkados. »

« 10.º Tienen, así como los Kamtschatkados, los, su piel con la corteza de olmo. »

« Todas estas pruebas reunidas demuestran que el Kamtschatka ha estado contiguo antiguamente á la América, y que los Americanos que están frente por frente del Kamtschatka son una colonia de los Kamtschatkados, aun suponiendo que el continente de América no haya estado jamás unido al del Asia. Estas dos partes del mundo están tan próximas, que nadie dejará de convenir en que es muy posible que los habitantes del Asia hayan pasado á la América para establecerse en ella; y esto es tanto mas verosímil, cuanto que en el corto espacio que separa estos dos continentes, se encuentran bastante número de islas, que han podido favorecer esta transmigracion. »

« Muchas partes de Europa han experimentado revoluciones semejantes á las del Kamtschatka. La Sicilia fué separada de Italia, la España del Africa, la Gran-Bretaña de Francia, y la isla de Flandia de Groelandia. »

« Entre las muchas causas que pueden haber contribuido para poblar el Nuevo-Mundo, se colocan con razon las tempestades. Es preciso añadir que no solo los navios pueden ser arrojados por los vientos desde las costas del Africa hasta la América, como aconteció á la Flota de Cabral, sino hasta las simples barcas, como refiere la historia de la del Padre Gumilla. »

« Encontrándose en 1731 (*Historia del Orinoco*, t. II, c. 31) por el mes de diciembre, en la ciudad de San José de Orana, capital del gobierno de la Trinidad de Barbovento, situada á doce leguas de la embocadura del Orinoco, supe por los habitantes que habia arribado al puerto un batel de Tenerife, cargado de vino, conducido por cinco ó seis hombres flacos y descarnados, los cuales, habiendo hecho provision de pan y carne para cuatro dias, trataron de pasar desde Tenerife á otra isla de las Canarias. Sorprendidos por una tempestad, se vieron abando-

nados al furor de los vientos y de las olas por muchos días; de manera que consumidos y los pocos víveres que llevaban consigo, tuvieron por único recurso que beber el vino. A cada paso veían la muerte delante de sus ojos, cuando por una gracia especial del cielo descubrieron la isla de la Trinidad, que está frente al *Orinoco*; dando gracias á Dios por este acontecimiento inesperado, arribaron y dieron fondo en el puerto de España, con grande admiración de la guarnición y de los habitantes, que concurren de todas partes, para ser testigos de tal prodigio. »

« Que este pasaje fuese ocasionado por el acaso, mas bien que por voluntad de aquellos pobres isleños, no necesita mas pruebas que su declaración, y el pasaporte de la aduana de Tenerife, que marca su destino para la isla de *Palma* ó la de la *Comera*, pertenecientes á las Canarias. Bien comprobado este hecho, ¿quién se atreverá á negar que lo que pasa en nuestra época no haya podido acontecer en los siglos pasados, mucho mas cuando estos hechos se encuentran atestiguados por autores clásicos? »]

La cuestion de la poblacion de América no presenta ninguna dificultad entre los sabios; cuando los incrédulos tratan de renovarla, no dan muchas pruebas de erudicion.

No han dado tampoco muestras de sabiduría, al hablar de las misiones hechas en esta parte del mundo, y de los efectos que resultar de las mismas. En nuestro tiempo se ha pintado á estas misiones con los colores mas negros: se ha sostenido y tratado de probar que el fanatismo ó el zelo ciego de la religion fué la verdadera causa de las crueldades que los Españoles ejercieron sobre los indios: que fueron degollados de doce á quince millones de *Americanos* con el crucifijo en la mano, para establecer el cristianismo en América.

Para refutar completamente esta calumnia es suficiente el establecer un cierto número de hechos incontestables, y confesados todos por los escritores mismos que la han aventurado.

1 La parcial seritud y el poco criterio con que el abate Bergier trata á los Españoles en varios párrafos de este artículo, hacen precisa su omision. Basta leer la historia de la conquista de América, las relaciones de viajes, y las tradiciones del nuevo

Los viajeros desinteresados, los militares y los navegantes han hecho justicia en muchas obras á los trabajos, á la sabiduría y al zelo puro y caritativo de los que establecieron las misiones en California, en el Paraguay, en los Moxeas, en los Chiquitas, en el Brasil y en el Perú: las calumnias de los Protestantes y de los incrédulos que los han copiado, no harán que se eche en olvido el elogio que hace de ellas el autor del *Espritu de las leyes*, l. 4, c. 6. Es una desgracia, que la revolucion acaecida en Europa haya llamado á sí los misioneros y producido la ruina de la mayor parte de aquellos establecimientos que hacian tanto honor á la humanidad y á la religion.

Mosheim, aunque luterano, habló de las misiones hechas por los jesuitas en el interior de la América con cierta moderacion; hasta llegó á aplaudir el medio que empleaban aquellos misioneros para convertir á los salvajes. Segun él, nada era mas prudente que el empezar por civilizarlos antes de instruirlos, y hacerlos hombres antes que cristianos. No obstante trató de denigrar el motivo que guiaba á los misioneros, diciendo que aquellos pretendidos apóstoles tenian menos por objeto la propagacion del cristianismo que el deseo de satisfacer su avaricia insaciable y ambicion desmesurada: citaba como prueba las sumas considerables de oro, que sacaban de las diferentes provincias de la América, *Hist. ecles.* del siglo XVII, sect. 1, § 19. Pero su traductor, no contento con esta moderacion, dice que Mosheim no lo sabia todo; que desde aquella época se ha probado que los jesuitas no tenian otro desigu que

mundo desde su civilizacion hasta nuestros dias para convencerse que á parte de los excesos irremediables, que llevan consigo tamañas empresas, no puede imputarse justamente á los Españoles el vandalismo, barbarie y refinada codicia, que una critica mas mortad que justa se empeña en apropiárselas. En semejantes grandes empresas es un abuso detestable el reunir los excesos particulares de algunos hombres para culpar, exagerando su número y gravedad, á todos los que toman parte en los negocios. De esta manera, y con parecida lógica no quedaria en pie ninguno de los triunfos y dinastías. Si en vez de buscar la parte odiosa de la historia á que se alude, y en lugar del empeño en resacarla con punible acritud, se mirase al espíritu de religion y de humanidad que ardia en los pechos de tantos zelosos misioneros y capitanes esforzados como arribaron al nuevo mundo, algo mejor parada quedaria la fe histórica, y bastante mas fruto producirían las relaciones sobre tan colosales sucesos.

el de formarse en el Paraguay una soberanía independiente de las córtes de España y Portugal, para dominar despóticamente sobre los indios, á pretexto de religion; que ellos fueron los que armaron los indios, y que los indujeron á sublevarse contra el cambio que estas dos córtes habian hecho entre sí, de una parte de sus colonias; que tal ha sido el origen de la caida de los jesuitas en España y Portugal. Cita como prueba una relacion publicada por la corte de Lisboa en 1738. Segun él, Montesquieu, el sabio Muratori y otros que hicieron la apologia de estos misioneros, hicieron traicion á la verdad, ó estaban mal informados.

Para hacer creibles las relaciones publicadas contra la conducta de los misioneros, hubiera sido preciso desvanecer muchas dudas, á que dan origen. Las proponemos con tanta mas confianza, cuanto que la mayor parte las hemos encontrado en una obra de un militar, á quien no puede acusarse de prevención, ya á favor de la religion católica, ya respecto de los misioneros y de las misiones. De la América y de los americanos, por el filósofo Ladouceur, Berlin, 1771.

4 Es muy difícil de comprender cómo los jesuitas alemanes tenian valor para dedicarse á las misiones de la América, por el solo atractivo de establecer en aquella parte una soberanía temporal de que no gozaban, y cuya ventaja cedia en provecho de su órden ó de su sociedad en Europa. Porque en último resultado, no se les acusa de haber sostenido en el Paraguay ó en otra parte un tren de soberanos, el fausto, la magnificencia, las comodidades de la vida y los placeres de una corte europea ó asiática. En aquel pais eran pastores, catequistas, padres espirituales y temporales de los indios; soportaban todos los trabajos del ministerio eclesiástico; con mucha frecuencia se exponian á ser degollados por los nuevos salvajes que querian amansar. Á ninguno se le ha visto volver á Europa para gozar de las recompensas que la compañía debia concederles en reconocimiento á aquellos de sus miembros que la hacian soberana en América. Los oficiales de la compañía inglesa de las Indias, despues de haber ejercido á nombre suyo la soberanía á las orillas del Ganges, se han apresurado á volver á gastar en Inglaterra el fruto de sus cohechos; no se refiere de un solo jesuita, que haya transportado á Alemania ú otra parte la menor cantidad de esos montones de oro que habian reunido en América

para beneficio de su compañía. Ó á estos misioneros los guiaba un motivo de religion, ó eran los mayores insensatos que hubo en el mundo.

2º Si su gobierno era tan absoluto, duro y tiránico, ¿cómo los salvajes, acostumbrados desde pequeños á la independencia, consentian en soportarle? ¿Cómo no desertaban, como los negros cimarrones desechados de la esclavitud, para volver á los bosques? Los misioneros no tenían á sus órdenes un ejército de Europeos, para obligar á los indios á permanecer bajo su yugo, aun contra su voluntad. Si por el contrario aquel gobierno era suave y paternal, no vemos que erimen cometian los misioneros, sacando á los indios del estado salvaje para hacerlos gustar las ventajas de la sociedad civil, y atrayendolos por este beneficio al cristianismo. En ninguna parte les está prohibido á los predicadores del Evangelio el reír, cuando pueden, el bien temporal de un pueblo á su salvacion eterna.

3º Pues que los jesuitas, segun la opinion de sus acusadores, estuvieron siempre ciegameamente sumisos y adheridos á la corte de Roma, no sabemos porqué las de Lisboa y de Madrid, descontentas con estos misioneros, no elevaron desde luego sus quejas al papa, para obtener de él una órden terminante que obligase á estos últimos á someter los nuevos pueblos al dominio de cualquiera de estos dos reyes. ¿No hubiera sido esto mucho mas prudente, que el poner en pié un ejército, y diseminar el rebaho quitándole sus pastores? Todo el mundo sabe que la memoria publicada en 1738 por la corte de Lisboa era parte del marqués de Pombal, el déspota mas absoluto que hubo jamás, y cuya memoria es execrable en el día. Esta pieza no está suficientemente autorizada para condenar á los acusados sin mas pruebas.

4º Otro enigma que hay que explicar es la conducta de los misioneros. Armaron los indios para que defendieran su libertad natural; y no recurrieron al mismo expediente para sostenerse en su pretencida soberanía; obedecieron sin resistencia á la primera órden que les fué comunicada para que abandonasen las misiones y se volvieron á Europa, en donde estaban seguros de ser maltratados, como en efecto les sucedió. ¿Una vez que les suponen tesoros, y el tener ganadas las colonias inglesas, calculemos ahora lo que hubieran podido hacer!

5º Tampoco queremos que nos digan en

dónde están en el día esos montones de oro que los jesuitas sacaban de América, qué se han hecho y como han desaparecido; pero si es cierto, como se asegura, que los indios, desconsolados al verse privados de sus pastores, se separaron y se volvieron á los bosques, preguntamos ahora, ¿qué es lo que ganaron las dos potencias que observaron esta conducta, y qué ventaja les reporta un país desierto, y cuyos habitantes han querido mejor volver á ser salvajes que sujetarse á su yugo?

Que los protestantes y los incrédulos se congratulen con esta brillante expedición, no nos admira; es un efecto de su furor anticristiano, pero al ver que ciertos hombres, que afectan zelo por la religion, se regocijan con la destrucción de muchas misiones muy numerosas, casi se ve uno tentado á preguntarles si creen en Dios.

Digámoslo de una vez y sin rebozo: está demostrado evidentemente por los acontecimientos, que las acusaciones formuladas contra los fundadores de estas misiones son puras visiones y calumnias; en la actualidad se conoce la gran falta que se ha cometido por dar oídos á semejantes delaciones; pero el mal está hecho, y no puede repararse. V. JESUITAS, MISIONES.

Americano. Tres partes del mundo conocido daban suficiente testimonio de la grandeza de Dios; el descubrimiento de un nuevo mundo debiera de habernos hecho mas reconocidos al Autor de tantas maravillas; sin embargo, desde el principio, la América y sus poblaciones fueron el objeto de una multitud de discusiones anticristianas. El estado salvaje de los naturales de este continente suministró muchos argumentos contra la Sagrada Escritura y los principales hechos que establece.

Se quiso ver en esta poblacion incivilizada hombres de diferente raza que los del primer mundo conocido. No tardaron en concluir que la division del universo entre los tres hijos de Noé no era mas que una fábula, como las de los griegos y las tradiciones mas ó menos corrompidas de todos los pueblos paganos. Gracias á la inmensidad de los mares que separan los mundos, se creyó poder demostrar hasta la evidencia que habia sido imposible toda comunicacion con las demás partes de la tierra antes de Cristóbal Colon. Desde entonces, se trató de establecer este hecho: que los habitantes de la América eran de una raza diferente de hombres, que no descendían de la gran familia cuyo padre era Adán,

y por consecuencia que la historia del antiguo Testamento no merecia ninguna confianza.

Por el contrario, los descubrimientos de los sabios de América están todos á favor del cristianismo, y tres cosas principales se encuentran probadas en las memorias de los que han escrito acerca de este continente.

1.º Que el estado en que se encontraban los pueblos de la América, cuando se descubrió este continente, era una civilizacion degenerada, y no un estado primitivo; aun mas, que no habian sido necesarios sino algunos siglos, para llegar al estado en que se encuentran despues de haber gozado de la civilizacion.

2.º Que en épocas mas ó menos anteriores, habian tenido una civilizacion mas perfecta, viviendo en aquellas naciones, en el día desiertas, un pueblo, en el cual fueron cultivadas las artes y las ciencias.

3.º Por último, que aquella civilizacion ó aquel pueblo procedía del occidente. Los Americanos tenian un origen comun y un verdadero parentesco con los pueblos del Asia que estaban muy próximos á su continente.

Por lo tanto queda demostrado que el estado de sociedad y de civilizacion es el mas natural y primitivo del hombre.

Amistad. Muchos de nuestros moralistas incrédulos nos han dicho que no existe *amistad* desinteresada; que la *amistad* no es mas que un cambio; que es imposible amar á cualquiera, á menos que no se espere alguna recompensa. Sin duda han consultado á su propio corazon; y como se conceptúan incapaces de un sentimiento de *amistad* pura dejaron que acaeciese lo mismo á todos los hombres. Jesucristo, que es *como* mejor que ellos la humanidad, nos ha predicado una moral muy opuesta á la suya. « Si no amáis, dice, mas que á los que os aman, ¿qué recompensa obtendréis? Los publicanos hacen otro tanto, » *Matth. v. 46.* El mismo se pone por ejemplo de una *amistad* perfecta: « Ninguno, dice, puede dar testimonio de mayor amor, que el que da su vida por sus amigos, » *Joan. xv. 13.* En este caso no puede decirse que medie ningun interés.

Algunos críticos se quejan de que el Evangelio no recomienda la *amistad*. Debían atender á que es un sentimiento natural que no se manda; en vano prescribirían las leyes á un hombre el que tuviera amigos, si no hubiera recibido de la naturaleza las cualidades

propias para hacerse amar de sus semejantes. Mas el Evangelio nos ordena seguramente todas las virtudes capaces de conciliarlos la *amistad* de aquellos con quienes vivimos: la caridad, la dulzura, la indulgencia respecto de los defectos de los demás, la conmiseracion para con los que padecen, la solicitud en hacer bien á todos, el olvido de las injurias y aun el amor á los enemigos. Un cristiano dotado de todas estas cualidades, ¿ podrá no tener amigos? Jesucristo adquirió muchos por este medio contándose entre ellos Lázaro y sus hermanas; S. Juan mereció de Jesucristo un singular afecto, por lo que este apóstol se llama á sí mismo el *discipulo amado de Jesus*. Muchas veces el Salvador llama á sus discípulos sus *amigos*, *Luc. xii. 4.* Bijo á sus oyentes: « Granjeaos amigos con los bienes perecederos de este mundo, » *xvi. 9.* No se ha limitado, pues, á manifestarnos con sus palabras y ejemplo que la *amistad* es un sentimiento laudable, sino que nos ha enseñado á santificarla y á fundarla sobre su verdadera base, que es la virtud.

Ammon, Ammonitas. Ammon, nacido del incesto de Lot con su segunda hija, ha sido el origen de los Ammonitas, pueblo colocado al Oriente de la Palestina. Ciertos críticos han escrito que Moisés inventó este origen odioso de los Ammonitas con el fin de persuadir á su pueblo que él podia sin escrupulo apoderarse de su país. V. Lot. Al contrario Moisés declara á los israelitas que Dios no les dará una sola pulgada de terreno poseído por los Ammonitas, por los Moabitas, ni por los descendientes de Esaú; les prohibe locar allí por ser Dios quien ha colocado estos pueblos sobre el suelo que ocupan, como él quiere establecer el suyo en el país de los Canaanos, *Deut. ii. 3 y sig.* Trescientos años despues, Jephthé, bien instruido de las intenciones de Moisés, sostuvo á los Ammonitas á quienes los hebreos no les han quitado un solo pedazo de tierra, ni tampoco á los Moabitas, *Jud. xi. 15.* Cuando Moisés decide que estos dos pueblos no entrarán jamás en la Iglesia del Señor, no alega su origen, pero sí el haber rehusado el dejar pasar á los israelitas sobre sus fronteras, saliendo del Egipto, *Deut. xxii. 3.* No habla de este origen mas que para dar razon á su pueblo de la prohibicion que le hace de parte de Dios: y no se equivocaba en mirar á los Ammonitas como enemigos irreconciliables, porque lo fueron en efecto. Cuando David los venció y subyugó, ellos habian provocado la guerra por un

insulto hecho á sus embajadores, *II Reg. x y sig.* No es justo se acuse á este rey de haber tratado á este pueblo con crueldad. V. DAVID.

Amor de Dios. Moisés dijo á los judíos: « Vosotros amaréis al Señor vuestro Dios con toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas, » *Deut. vi. 4.* Dios tiene misericordia de aquellos que le aman y guardan sus leyes; « castiga á los que le aborrecen ó violan sus mandamientos, » *Exod. xx. 5.* Sin embargo, ha habido filósofos bastante mal instruidos para afirmar que no habia en las tablas de la antigua ley ningun mandamiento de amar á Dios. Nosotros convenimos que en general los judíos cumplian bastante mal este precepto: que el motivo de su obediencia á la ley era mas bien la esperanza de los bienes temporales que la sincera adhesion á Dios. Esta falta fué todavía mas sensible cuando el saduceísmo infectó una gran parte de la nacion. Jesucristo ha encerrado toda su moral en el mandamiento de amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo; en estos dos mandamientos, dice, están contenidos toda la ley y los profetas, *Matth. xxii. 37; Marc. xii; Luc. x.* No nos deja ignorar en que consiste el amor de Dios. « Aquel que guarda mis mandamientos y los observa, me ama verdaderamente... aquel que no me ama no los observa, » *Joan. xiv. 21 y 24.* No se trata aquí de los sentimientos afectuosos, frecuentemente sujetos á la ilusión, sino de obediencia y de fidelidad en cumplir todos nuestros deberes. Los motivos que nos conducen á amar á Dios, son su bondad infinita, los beneficios de que nos ha colmado en el orden de la naturaleza y en el de la gracia; las promesas que nos hace, la felicidad eterna que nos prepara, y el amor que tiene por nosotros. V. RECONOCIMIENTO. No es cierto que Jesucristo nos haya prohibido el no amar nada mas que á Dios; eso seria contradictorio al precepto de amar al prójimo como á nosotros mismos; pero nos prohibe amar otra cosa mas que á él, *Matth. x. 37.* Quiere que estemos dispuestos á dejarlo todo cuando sea necesario para su servicio y para la salvacion del prójimo. Este es el sentido de las palabras. « Si alguno viene á mí, y me aborrece á su padre, su madre, su esposa, sus hijos, sus hermanos, sus hermanas y su propia vida, no puede ser mi discípulo, *Luc. xiv. 26.* Este valor era necesario á los apóstoles, y lo es todavía á los hombres apóstólicos. Por eso; han cesado de amar á su familia?

Contiando en Jesucristo, aseguraban á sus parientes la proteccion del mejor y del mas poderoso de todos los Señores. Ninguna moral tiende mas directamente á estrechar los vinculos de la naturaleza y de la sociedad, que la del Evangelio. No nos detendremos aquí en discutir si puede haber un amor de Dios puro y desinteresado sin relacion á nosotros mismos, bástanos saber que nuestro mayor interés para este mundo y para el otro es amar á Dios; y que un corazón bastante ingrato para no amarle, no está dispuesto á amar á sus semejantes. V. CARIDAD.

Amor del prójimo. Cuando Jesucristo nos recomienda en el Evangelio amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos, explica muy claramente en que debe consistir este amor. « Haced á los demás lo que queráis que hagan con vosotros, » *Matth. vi, 12; Luc. vi, 32.* No nos manda tener para con todos los hombres los sentimientos tiernos y afectuosos, que tenemos para nuestros amigos, pero sí acreditarles la benevolencia por los efectos. La dulzura, la complacencia, la indulgencia, la comiseracion, los socorros, los consejos y los servicios. Ved lo que exijimos de nuestros semejantes, y lo que les debemos. Como los judíos entendian bastante mal este mandamiento de la ley, y no comprendian bajo el nombre de prójimo mas que á los hombres de su nacion, Jesucristo los desengaña por la parábola del Samaritano, que saluda al judío herido, despojado y abandonado. Les enseñaba por este ejemplo que debian mirar como prójimo á los hombres mismos que ellos detestaban mas, esto es, á los Samaritanos, *Luc. x, 30.* El mandamiento que añade Jesucristo de amar á nuestros enemigos, de este sentido nada tiene de injusto ni de imposible. Son hombres y tienen derecho á todos los deberes de la humanidad. Los antiguos filósofos miraban la venganza como un derecho natural; nuestro divino Maestro la reprime, asegurándonos que Dios no perdonará nuestras faltas si no las perdonamos nosotros mismos á aquellos que nos ofenden, *Matth. vi, 44 y 45.* Si esta leccion no fuese bastante clara, ¿qué podemos oponer al ejemplo de Jesucristo moribundo que pide perdón á su Padre por los que le han crucificado?

Amor propio. *Amor de nosotros mismos.* Una pequeña reflexion basta para hacernos comprender el verdadero sentido de las máximas del Evangelio que condenan el amor propio, mandándonos renunciar á nosotros mismos y aborrecernos. Digan lo que quieran los

incrédulos, estas máximas no son absurdas ni imposibles de seguir. El amor propio, por poco que se le adule, es necesariamente ciego é injusto, y encuentra antes ó despues su castigo en sí mismo. Un hombre que se ama con exceso, que todo lo refiere á su propio interés, que quiere una preferencia exclusiva, que no sabe hacer justicia á nadie, se hace enemigo de todos. Cuanto mas sensible y delicado es, tanto mas fácil es mortificarle y desazonarle. ¡Cuántos hombres célebres se han hecho por eso desgraciados! Ellos se embruñan con el incienso de los elogios, pero la menor censura, el mas ligero tiro de sátira basta para enfurecerlos, para turbar su reposo, y para emponzoñar su vida. Si supiesen reprimir y moderar el amor propio, serian dichosos. Nada hay de excesivo en el cuadro que S. Pablo ha trazado de este odioso carácter. Llegarán, dice, hombres amorosos de sí mismos, ambiciosos, altaneros, soberbios, violentos, enemigos de su propia familia, ingratos y malvados, sin afectos, incapaces de amistad, calumniadores, disipados, penderoseros, duros hacia todo el mundo, pérfidos, insolentes, orgullosos, enemigos de Dios, y de sus semejantes, » *II Tim. iii, 2.* Se podría citar un número mayor de ejemplos en nuestro siglo, que en ningún otro. V. AVEGACION, ABBRECIAMIENTO.

Amorreos, Pueblo. Cuando Dios promete á Abraham dar á su posteridad el país de los Cananeos le dice: que esta promesa no se cumplirá sino en cuatrocientos años, porque las iniquidades de los Amorreos todavía no han llegado al colmo, *Gen. xv, 16.* Dios concedia cuatro siglos de treguas á este pueblo perverso para que volviere en sí y desarmase la justicia divina. ¡Bello ejemplo de la paciencia de Dios para con los pecadores! Pueden verse las observaciones del señor de Gebelin sobre los Ammonitas, los Moabitas y los Amorreos. *Mundo primitivo, t. 6, p. 21.*

Amós. Uno de los doce profetas menores, era pastor de la villa de Thecue; profetizaba en Bethlén donde Jeroboám adoraba los becerros de oro: predijo que la familia de este príncipe seria llevada cautiva si persistia en su idolatría. Amasías sacerdote de los becerros de oro, picado de la libertad de Amós, lo acusó delante de Jeroboám, tratándole de visionario, y de hombre peligroso, propio para sublevar al pueblo contra su rey, y lo obligó al profeta á salir de Bethlén despues de haber predicho á Amasías, que su mujer seria prostituida en medio de Samaria, y que sus

hijos ó hijas perecerian al filo de la espada. Por lo demás se ignora la época y el género de su muerte.

El principal objeto de este profeta es el acusar á los judíos de los dos reinos de Israel y de Judá sus infidelidades é idolatría, y anunciarles los castigos que caerian sobre ellos y sobre los pueblos vecinos; pero acabó por predecir que los judíos serian restablecidos en su tierra natal, y reparado el trono de David, ix, 11. Los judíos modernos abusan de esta profecía, vanagloriándose que un día Dios los restablecerá en la Palestina, y allí renovará el reino de David. Basta leer con atencion el texto para ver que el profeta predijo solamente el restablecimiento de los judíos despues de la cautividad de Babilonia, y que por entonces se cumplió lo que dijo.

La Biblia hace mencion de otro Amós, padre del profeta Isaías: se encuentra un tercero en la genealogía de nuestro Salvador referida en el Evangelio segun S. Lucas.

Amsdorfianos. Secta de los protestantes del siglo XVI, llamados así por su jefe Nicolás Amsdorf, discípulo de Lutero, á quien desde luego hizo ministro de Magdeburgo, y de su propia autoridad obispo de Namburgo. Sus sectarios eran confesionistas rígidos, quienes sostenian que no solamente las buenas obras eran inútiles sino tambien perniciosas á la salvacion; doctrina tan contraria al buen sentido como á la Escritura, que fué reprobada por los otros sectarios de Lutero. V. LUTERANOS.

Amuleto. Preservativo. Se llaman así ciertos remedios supersticiosos que se llevan consigo, ó que se ligan al cuello para preservarse de alguna enfermedad ó de algun peligro.

Para remontarse al origen de este uso, es menester recordar, que, segun la creencia de los paganos, los mágicos, los encantadores, los hechiceros por ciertos encantos, por palabras ó por caracteres podian enviar enfermedades ú otras desgracias á las personas á quienes querian dañar; y que por otras palabras se podia concebir su poder, y hacer inútil su malicia: que las medallas de pedazos de vitela ó pergamino marcados con ciertos caracteres eran un remedio ó preservativo asegurado contra toda especie de enfermedad ó accidentes. Luciano en su *Philopsudes* ha hecho burlas mordaces de este absurdo.

V. HECHIZO. Los griegos los nombraban PHYLACTERIOS, preservativos: los latinos *amulimentum* ó *amuletum* del verbo *amolivi*,

estorbar, de donde derivamos *amuleto*, que tiene el mismo sentido. Los orientales los llaman *talisman*, y segun la opinion de los árabes, un mágico con su *talisman* puede hacer prodigios.

Algunas veces es una piedra preciosa, una piedra sacada del cuerpo de algun animal: sus huesos reducidos á polvo, la señal de un planeta ó de una constelacion, una hoja de pergamino, de plomo ó de estaño sobre la cual están escritas ciertas palabras, una figura obscena, etc. Sobre este punto los hombres en todo tiempo y lugar han llevado la debilidad y la credulidad á un exceso increíble. Los antiguos tenian sobre todo gran cuidado de colgar un *amuleto* del cuello de los niños para servirles de preservativo contra las miradas de los envidiosos; se suponía que á esta edad estaban mas sujetos á los maleficios y encantos que los adultos, y que la simple mirada de un enemigo zeloso ó de una vieja podía fascinarlos.

Como este error viene de una adhesion excesiva á la vida y de un temor pueril de todo lo que puede dañarnos, el cristianismo no ha llegado á destruirle universalmente. Desde los primeros siglos, los Concilios y los Padres de la Iglesia prohibieron á los fieles estas prácticas del paganismo bajo pena de anatema. Representaron que el uso de los *amuletos* era un resto de idolatría, ó de la confianza que tenia en los pretendidos genios gobernadores del mundo, una especie de apostasia de la fe cristiana, y una falta de confianza en Dios, una preocupacion tan ridicula como la de los paganos que aguardaban socorro de una estatua muda é insensible. Thiers, en su *tratado de supersticiones*, 1.^a part. Lib. v, c. 1, ha referido con este motivo un gran número de pasajes de los Padres sobre esta materia y los cánones de muchos Concilios.

A los médicos toca decidir si los polvos, plantas, preparaciones químicas encerradas en cajitas y llevadas sobre la carne pueden ó no ser preservativos contra ciertas enfermedades. Una vana confianza en estas clases de remedios no tiene consecuencia alguna contra la religion; y no hay supersticion cuando no se le atribuye mas que una virtud natural verdadera ó falsa. No es lo mismo cuando se llevan consigo las cosas que por su naturaleza no pueden tener virtud alguna, y se cree sin embargo que procuran la felicidad ó apartan de algun peligro; tal es el caso de aquellos que esperan ganar al juego cuando llevan